

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Valladolid.

Excmo. Sr. Alcalde de Valladolid

Sr. Presidente y miembros de la Junta de Cofradías de la Semana Santa de Valladolid.

*Excmo. Sr. Delegado del Gobierno en Castilla y León.*

*Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Valladolid.*

*Excmos. Consejeros de la Junta de Castilla y León aquí presentes.*

*Ilmo. Sr. Presidente de la Diputación de Valladolid}.*

Dignísimas autoridades.

Permítanme que salude a cofrades, a vallisoletanos y forasteros, recordando una de las expresiones que se repiten desde antiguo en nuestra ciudad para convocar a los fieles al Sermón de las Siete Palabras la mañana del Viernes Santo. Una invocación que se ha convertido en término muy propio de nuestra Semana Santa:

Querido Pueblo Fiel.

**Q**uizá suceda que el destino esté escrito en algún lugar; o quizá sea la suerte la que nos convoca a asombrarnos.

Cuando la Junta de Cofradías eligió la fotografía del maravilloso cartel de la Semana Santa de este año para anunciar al mundo que esta ciudad se transforma de súbito en un Templo Abierto, ni ellos, ni nadie podían imaginar que este 23 de marzo iba a tener un sentido muy especial para mí.

Yo tampoco estaba en el secreto de qué iba a ser de mi vida dos años después de que el fotógrafo Chema Concellón atisbara esa instantánea detrás del objetivo de su cámara.

Pero —aunque no sea posible explicar cómo ha sucedido— os anuncio con añoranza y melancolía que esa visión es la misma imagen de las tardes de Jueves Santo que guardo en mi memoria. Son los recuerdos de una niña que hace treinta y tantos años vivía con expectación, como lo hago hoy, nuestra Semana Santa: así tengo en el recuerdo los pasos desfilando recortados sobre esa formidable fachada de gótico isabelino de la Iglesia de San Pablo.

Una imagen que no por haberla visto esta vecina de la calle Felipe II miles de veces, todos los días al poner un pie en la calle desde el portal, deja de asombrarme y maravillarme, dibujada sobre el cielo frío de mi tierra natal.

Ni a mí se me hubiera ocurrido cómo definir mejor mi primer recuerdo de nuestra Semana Santa. Al ver el cartel me busqué entre esos chavales sentados en la acera, a los que las horas de espera cansan las piernas, pero no rebajan ni la excitación ni la impaciencia.

O tal vez fuera que íbamos dejando de sentir los pies porque todo sobresalto se nos escapaba mirando al cielo según pasaban las tallas de nuestras procesiones: esa madera a la que han quitado cualquier revestimiento hasta dejarla desnuda el alma con formas de cristos derrotados o de vírgenes atribuladas.

Estos días he estado intentado recordar qué pensaba yo cuando permanecía ahí sentada... Como no me salía nada porque era muy pequeña, he recurrido a la mejor memoria que tenemos: le he preguntado a mi madre qué cosas se me ocurría decir en esos momentos. Según ella —y tendremos que fiarnos, pues son recuerdos de madre— al oír de lejos los tambores, decía yo *“Ya vienen, mamá, ya se les oye... (varias veces) Mira, mira, la Virgen, qué guapa... ¡Cómo llora, mamá!... ¿Por qué le mataron a su hijo?... no lo entiendo, mamá, si no hizo nada malo”*...

Sí, bien podía ser yo cualquiera de esos niños, acurrucados en el rincón de abajo, a la izquierda. Seguramente, en mi época, mi madre me habría puesto un verdugo y una bufanda, que era el modo de definir a los niños de esta ciudad de nieblas: hemos sido los más abrigados del mundo

porque cuando en Semana Santa hace frío, nada tiene que envidiar al invierno.

San Pablo, San Miguel, la calle de las Angustias, Torrecilla, la Iglesia de San Martín, el Colegio de San Gregorio, la Antigua, el Instituto Zorrilla... son palabras que forman parte de mi diccionario particular de vecina de esta parte histórica de España.

Hoy, gracias a esta oportunidad, soy el reflejo de una niña que se encuentra con los recuerdos.

Los que vivimos fuera y volvemos a nuestra ciudad, vamos buscando por las esquinas a los niños que dejamos un día por aquí. Nos asalta el pasado en lo más fútil y en lo más ingenuo. El recorte de la luz de una farola entre el vaho de la niebla nos traslada a otro mundo, ya irrecuperable; un socavón en el que tropezábamos y que ya no existe nos provoca una sonrisa inexplicable para quien llevamos al lado; y según pasamos por donde había una churrería y un kiosco, el pasado nos devuelve el olor a aceite quemado y a vinagre de pepinillos, aunque hoy hayan puesto un banco y un jardín.

El encanto de la Semana Santa para los que somos de por aquí es que nos reúne a todos en un lugar indefinido, en el que suenan de fondo unas trompetas de llave y unas baquetas de madera redoblando sobre parches de tambor.

Normalmente, no necesitamos más en nuestro recuerdo: mantenemos vivo el chirriar de los cofrades que ocupan el centro de la calzada y que, según interpretan la composición, hacen que serpenteen por nuestras calles viejas, que rebote por los cristales de los miradores y de las ventanas, y que se pierda por entre las piedras históricas con las que fueron labradas nuestras iglesias.

Y aunque hoy en día son muchas y muy buenas las bandas de los pueblos cercanos que nos remueven con su presencia, creo que en la memoria colectiva mantenemos el rugir de las cornetas, que suenan así de

estridentes porque nos anuncian que algo grave ha ocurrido y que es nuestra obligación quedarnos apostados en las aceras para verlo pasar.

Yo veía la procesión de la borriquilla entonces en la esquina de Platerías con Macías Picavea, en la Vera Cruz. Bajaba corriendo impaciente los escalones de la Rúa Oscura, agarrando con fuerza mi palma recién comprada en uno de tantos puestos que adornaban nuestras calles del centro. Ahora que soy madre, entiendo por qué en mi casa siempre se compraba palma y nunca carraca. Palma de Elche que envejecía en la barandilla del balcón hasta la llegada del verano.

El domingo de Ramos era, con independencia de la fecha en que cayera, el inicio de la primavera, marcada por el estreno de los calcetines de perlé que llevábamos las niñas de entonces.

Recuerdo esos Jueves santos en que salíamos a recorrer las siete iglesias: la Vera Cruz, San Benito, San Pablo, San Martín, las Angustias, la Antigua, hasta llegar a la Catedral, que hoy nos cobija. Y merendábamos torrijas.

Mi abuelo era cofrade de Jesús Nazareno. A los primos nos gustaba y nos asustaba al tiempo revolver en el fondo del armario donde guardaba la túnica morada de terciopelo, el capirote y el capuchón, envueltos en una funda de lienzo blanco. Inspiraba miedo reverencial observar la gravedad con la que se vestía el Viernes Santo, como un rito, mientras mi abuela sacaba las mantillas del cajón de la cómoda con la que se vestían mis primas de hermanas de devoción. Negras para ese día y blancas para la resurrección del domingo.

De pequeña, los capuchones me daban miedo, especialmente los hábitos negros de la Cofradía del Santo Entierro, los barrenderos. Alguien sin rostro me miraba desde dentro de unos agujeros negros y no decía nada. Y, si se le ocurría hablarme, era mucho peor: yo daba un respingo.

Creo que los niños de Valladolid tenemos ese recuerdo imborrable. Todos hemos sentido miedo alguna vez cuando nos han puesto en primera fila a ver pasar capuchones.

Es un recuerdo colectivo que te define para toda la vida.

Hay quienes han tenido la suerte de crecer junto al mar, y quienes conservan su primera evocación entre animales, o en la naturaleza... Los de por aquí, creo que siempre recordamos niebla y capuchones.

Es más, durante muchos años pensé que en todas las ciudades de todo el mundo, llegada la Semana Santa, sacaban a las calles los mismos pasos, con las mismas expresiones, con los mismos sonidos.

Con el tiempo supe que este modo de proclamar en silencio unas creencias, de sentirse juntos en comunidad era cosa nuestra, de esta capital, de estos pueblos de la provincia y de toda Castilla y León.

Que en otros lugares lo hacen distinto, cada cual con su sentimiento, que no estamos uniformados.

Ocurre que, junto a nosotros vallisoletanos, están en la misma disposición millones de españoles.

**L**a Semana Santa va a ocupar cada rincón de esta nación, desde el islote de Estaquín de Sigüeros, en Galicia —el punto más al Norte de España—, hasta la Punta de la Restinga, en la isla del Hierro —el lugar más al Sur—, pasando por el Cabo del Esperó, en Baleares —el punto más oriental—.

Sí, la Semana Santa es algo muy español.

Sin obligaciones, sin falsas tradiciones inventadas, sin ataduras, España ha conmemorado la muerte de Cristo de esta manera desde hace tanto tiempo que parece muy difícil que nada lo amenace.

Los tiempos cambian, es cierto, y el modo en que los españoles nos acercamos a este fenómeno mundial es hoy muy distinto que cuando las cofradías de gremios se unían para rezar y para encargar sus pasos y sus iglesias.

Pero poder hablarle al mundo de la Semana Santa de Sevilla, de Málaga, de León, de Logroño, de Medina del Campo, de Cuenca, de pueblecitos como Aliste, de actos entrañables como en esta provincia en Villaviciencio de los Caballeros, de Murcia, de Cáceres, de Medina de Rioseco, de Cartagena, de Zamora, de Peñafiel... Debería citar a todas las localidades de nuestro país.

Quizá sea bueno tener presentes dos datos: con la denominación Interés Turístico Internacional cuenta España diecisiete celebraciones. Además, hay cuarenta y una *Semanas santas* de interés turístico Nacional, y, por supuesto, todas y cada una de las comunidades autónomas tienen sus celebraciones de Interés Turístico Regional.

Si me permiten la comparación con lo que más suele paralizar este país, las celebraciones de Semana Santa congregan a más público que los equipos de fútbol...

Si pudiéramos alinear en fila todos los pasos que saldrán en España dentro de catorce días, tendríamos que unir la Castellana, de Madrid, y la Diagonal, de Barcelona, y la Avenida del Puerto, de Valencia, y el Paseo de Zorrilla unas cuantas veces para que cupieran.

Y si se pudieran juntar todos los cofrades, me temo que no existe recinto para que consigan sentarse.

En agosto del año pasado tuvimos la oportunidad de asombrar al mundo cuando los organizadores de la visita de Su Santidad el Papa Benedicto XVI tuvieron la brillante idea de exponer quince de nuestros pasos más emblemáticos para el Viacrucis del Paseo de Recoletos de Madrid. La admiración que suscitaron las tallas exhibidas fue unánime en todos los países del mundo que lo vieron a través de los medios de comunicación.

Estoy segura de que a los vallisoletanos nos gusta nuestra Semana Santa, pero no tenemos ningún problema, ni mucho menos, en reconocer la belleza de las celebraciones en cualquier punto de España.

Por eso nos entusiasamos como los que más al tener la oportunidad de contemplar en la misma calle *La última cena*, de Francisco Salzillo, que desfila en Murcia, junto con *El beso de Judas*, de Antonio Castillo Lastrucci, de Málaga; las *Negaciones de San Pedro*, de Federico Coullaut-Varela, de Orihuela; el *Cristo de Medinaceli*, de Madrid; el *Padre Jesús del Gran Poder*, de José Fernández-Andes, también de Madrid; el *Cristo caído camino del Calvario*, de Mariano Benlliure, procedente de Úbeda; la imagen de *Nuestro Padre Jesús Nazareno*, que sale en León; *La Verónica*, de Francisco Pinto, de Jerez de la Frontera; el *Jesús despojado de sus vestiduras*, de Manuel Ramos Corona, de Granada; *La Crucifixión*, de Ramón Álvarez, de Zamora; el *Cristo de la Legión*, de Francisco Palma, de Málaga; el *Santísimo Cristo de la Salud*, de Luis Marco Pérez, de Cuenca; el *Cristo Yacente*, de Gregorio Fernández, procedente de Segovia; la *Virgen de la Regla*, de Sevilla, y, cómo no la *Quinta Angustia*, de Gregorio Fernández, que representó a Valladolid en esa irrepetible concentración de arte y fe, que es el motivo del cartel anunciador de la Semana Santa de este año.

Algunos creemos que, últimamente, en España nos pasamos más tiempo identificando diferencias personales, locales y regionales que buscando similitudes. Pues bien, la Semana Santa tiene una virtud colectiva: nos ayuda a entendernos como españoles.

No solo porque los pueblos de España comparten una tradición centenaria que sigue viva a pesar del tiempo, sino porque somos de los pocos pueblos del mundo que lo hace. Y aquellas naciones que celebran la

Semana Santa a nuestro estilo es porque lo heredaron de nuestros antepasados.

Los que hemos tenido la oportunidad de visitar distintas ciudades españolas en este tiempo, hemos podido comprobar que cada cual tiene su estilo y sus peculiaridades, pero participan de un espíritu común con un marcado sello español.

El origen no es otro que el retrato apasionado del Calvario de Jesucristo, pero la característica colectiva de hacerlo en las calles, de escuchar sonidos similares, de respetar profundamente lo que nos muestran las cofradías, es puramente española.

Déjenme que aproveche este atril de la Catedral de Valladolid para enviar un afectuoso saludo a los cofrades de toda España y también para invitar a nuestros conciudadanos de la Unión Europea a visitar nuestro país en Semana Santa.

Los que vengan no van a encontrarse en un parque temático, sino con lo mejor de nosotros.

Llevamos unas generaciones en que le hemos dado la espalda a nuestra Historia, pero, de repente, las distintas *Semanas santas* nos trasladan con orgullo a tiempos pretéritos de los que a veces subrayamos las miserias, olvidándonos de muchas grandezas.

Valga este ejemplo: cuando Gregorio Fernández tallaba en los talleres cercanos al Paseo de Zorrilla esos *Cristos yacentes* que aún hoy nos enmudecen, Estados Unidos no existía como país. Ni México, ni Canadá, ni Argentina, ni Cuba, ni El Perú. Tampoco las islas Filipinas, ni Australia.

La mitad del mundo estaba siendo descubierto y, de la otra mitad, pocas cosas tan grandes pueden exhibirse como lo que se gestaba en esta capital del imperio de Carlos V y Felipe II, que, aunque llevemos años sin recordarlo, forman parte de nuestra historia irrepetible.



En el Palacio de Pimentel nació un Rey y, desde estas tierras, se gobernó un imperio. Fue Valladolid capital de España y, por serlo entonces, capital del mundo.

Pero, quinientos años después, lo que nos queda que aún podemos palpar —y que aún nos estremece— es este mismo trasegar la imagen de Dios vilipendiado por el Hombre y de la Virgen devastada por un padecimiento que le nace desde tan dentro que nos hipnotiza, hasta intentar adivinar cómo puede atormentar tanto que nos está hiriendo a los que miramos.

Porque nuestra Semana Santa no es un álbum de fotos de recuerdo: es el dolor cincelado en madera.

El visitante nos encontrará debajo de extraños ropajes de mantillas, túnicas, cíngulos y capas... Todo irreal, sin duda, pero que alcanza rasgos de autenticidad por el cariño con el que lo vestimos.

Así sucede el encantamiento: esta España de los teléfonos móviles inteligentes, y los trenes de Alta Velocidad, y las investigaciones contra el cáncer, y de las redes sociales, es también capaz de pararse un momento a reencontrarse con tallas de madera, a las que llevamos en andas y adornamos con flores —y aquí, también, con matas de tomillo—.

En el apogeo de la Revolución Tecnológica, España es capaz de iluminar las calles con velas y de pasear en silencio. De paralizarse para reflexionar y para *reflexionar-se*.

**A**lgunos pensarán que para asistir a las celebraciones de la Semana Santa solo hay que ser devoto. No me parece tan imperativo. Con todo respeto: a mi entender, es la Semana Santa de Valladolid la que induce a creer.

Tanto el espíritu practicante como el indiferente no tienen más remedio que unirse unos segundos en la admiración y en el sobrecogimiento.

Esta es nuestra grandeza.

Ese especial —y muy nuestro— silencio en las calles atestadas de público y de cofrades no se produce por orden municipal; las respiraciones a veces entrecortadas no secundan un ritmo enviado desde una aplicación de Internet: lo que sucede es que avanza por la calzada, lentamente, uno de nuestros cristos nazarenos o una de nuestras vírgenes dolorosas. Así de sencillo.

Y así de increíble para quien no lo haya sentido nunca.

Sobre este hecho sobrenatural han reflexionado decenas de pensadores. Hago mías las palabras de Vargas Llosa cuando afirmó que *La Semana Santa desborda lo puramente religioso*.

Y creo que es así.

La Semana Santa ha sido glosada por muchos de los grandes autores de la Literatura universal. Borges reconoció que descubrió en la Semana Santa sevillana *La generosa y cóncava mañana*.

Miguel de Unamuno escribió uno de sus mejores poemas al Cristo crucificado de Velázquez, que bien valdría para nuestro Cristo de los Carboneros, de Francisco del Rincón, o para el crucificado más representativo de la Cofradía de las Siete Palabras, de Pompeyo Leoni; incluso me vale para decírselo al Cristo de Gregorio Fernández, ya yerto en las rodillas de la Virgen de la Quinta Angustia:

*¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?  
¿Por qué ese velo de cerrada noche  
de tu abundosa cabellera negra*

*de nazareno cae sobre tu frente?  
Miras dentro de Ti, donde alborea  
el sol eterno de las almas vivas.  
Blanco tu cuerpo está como el espejo  
Del padre de la luz, del sol vivífico...*

Bien sabemos que dice la leyenda que Unamuno, al morir, dejó unos versos que encontraron en uno de sus bolsillos. Estos versos que voy a leer de Miguel de Unamuno fueron citados en un artículo sobre nuestra Semana Santa por otro de los grandes autores que nos atañe muy de cerca: Miguel Delibes.

Siento que es una oración desesperada.

Dicen así:

*Méteme, Padre eterno, en tu pecho,  
misterioso hogar,  
dormiré allí, pues vengo deshecho del duro bregar.*

Se dice vulgarmente que la diferencia entre la realidad y la ficción es que la realidad tiene que ser creíble. Yo creo que esa paradoja es cierta.

Que le descubrieran esos versos al presuntamente agnóstico Unamuno resultaba muy bonito, pero no es cierto.

En realidad, son palabras que pertenecen al poema llamado *Salmo Tercero*.

Es un texto muy profundo y, a mi entender, muy actual. Fue escrito hace cien años, un siglo, pero hoy se transforma en fotografía de esta sociedad nuestra que quiere creer en algo que le alivie y que le haga reflexionar en lo insondable.

Creo que hoy sigue vigente la duda unamuniana, el dolor del silencio del Cielo. *El sentimiento trágico de la vida, La agonía del Cristianismo, San Manuel Bueno y Mártir...* son obras del querer creer con el corazón y la lucha inútil contra la razón porque no termina de convencer al desasosiego. Hablan del misterio de la Vida.

Ya anuncia Unamuno su creencia en lo trascendente y su duda permanente, su desgarró existencial, tan de actualidad hoy, en su *Salmo Primero*, del que leo una estrofa descarnada:

*Señor, ¿por qué no existes?  
¿Dónde te escondes?  
¡Te buscamos y te hurtas,  
te llamamos y callas,  
te queremos y Tú, Señor, no quieres  
decir: vedme, mis hijos!*

*Una señal, Señor, tan sólo,  
una que dé sentido  
a esta sombría vida que arrastramos.  
¿Qué hay más allá, Señor, de nuestra vida?  
¿Qué hay más allá, Señor, de nuestra vida?*

Este es el desgarró.

Espero que entiendan ahora por qué dije anteriormente que no hace falta ser solo devoto para acercarse a la Semana Santa, sino que es la Semana Santa la que incita a creer.

Espero que entiendan que lo trascendente inunda nuestra vida en este momento del año con la primera Luna llena de la Primavera; en esta Pasión —que para el sujeto reflexivo no significa solo la muestra del dolor cincelado en madera, sino mucho más... Y mucho más profundo—.

Creo que es entendible que para este desagarro interior no importa el lugar del nacimiento, ni del bautizo, ni del enamoramiento, ni tampoco del descubrimiento de la Verdad, ni del sobresalto de la Duda.

La Semana Santa invita a pensar amablemente sobre cada uno de estos conceptos.

Permítanme que no me extienda en menciones de autores que se recrearon en la Semana Santa de España, o, más concretamente, en las celebraciones de Castilla y León. No me reprochen el silencio de citas que seguramente tienen en su memoria de tantos años de historia.

Aquí, en Valladolid, hemos gozado de grandes literatos e intelectuales. Desde José María de Cossío, hasta Emilio Alarcos Llorac, pasando por Francisco Pino o Julián Marías, que hablaron desde este atril. Los mejores oradores canónicos han predicado en la Plaza Mayor los viernes santos. Y tantas gentes y tan nuestras que nos han invitado a la reflexión.

No me resigno a no citar a un periodista tantos años leído en mi infancia por sus rípios en *El Norte de Castilla*. Son los versos tan conocidos de Félix Antonio González (*Ansúrez*), escritos para el *Pregón de las Siete Palabras* y muchas veces repetido en nuestras calles:

*¡Oíd, oíd, oíd!, pueblos dormidos,  
Siete Palabras presas en el viento,  
siete corceles del dolor huidos.  
Oíd la voz humana, casi aliento,  
de los labios más altos, desprendidos  
de tanta sed y tanto rendimiento.  
¡Oíd, oíd, oíd!, pueblos dormidos,  
Siete Palabras presas en el viento.  
¡Aprestad a su luz vuestros oídos!*

Y así caminamos hoy: aprestando nuestros oídos a *Su Luz*, o a *La Nuestra Reflexión* que pedía Unamuno, ya hace más de cien años.

Nuestra Semana Santa es tan prodigiosa porque tiene otra conexión: la del alma.

No en otra cosa debía estar pensando Gregorio Fernández —aquel vallisoletano nacido en Galicia—. Algunos no se lo creen, pero los engendrados junto al Pisuerga sabemos que es cierto que cuando terminó su *Cristo Atado a la Columna*, el mismo Dios le preguntó *¿Dónde me viste que tan bien me retrataste?*, y que el escultor le respondió: *Señor, en mi corazón.*

Y no en otra cosa que en esa conexión de las almas debió pensar Juan de Juni —ese vallisoletano nacido en Francia— cuando modeló la expresión de *La Virgen de las Angustias* inspirado en el dolor de una de sus hijas cuando fallecía.

Y no en otra cosa pensó Pompeyo Leoni —el vallisoletano nacido en Italia— cuando cinceló ese musculoso *Cristo de las Mercedes* que impresiona por su grandeza y su coloración exangüe.

Y Francisco del Rincón, con el *Cristo de los Carboneros*; y Juan de Ávila con *El Despojo*...

Mismo espíritu que ha congregado a los nuevos creadores como Juan Guraya, Miguel Ángel González, José Antonio Hernández, Ricardo Flecha, Miguel Ángel Tapia...

La Semana Santa de Valladolid lleva más de quinientos años uniendo arte y emoción, creencias y sensaciones. Esta es nuestra grandeza: que seguimos trabajando imparablemente para conservar una antigua tradición encajándola perfectamente con la modernidad de esta ciudad del Siglo XXI.

Así que, un año más, vamos a salir a las calles. —¡Esperemos que no llueva,...! aunque desgraciadamente no hay gobierno que pueda ordenar que ceje la lluvia cuando se mueven los santos en las iglesias—.

Supongo que cofrades y damas ya están preparando los hábitos y las mantillas; que las bandas de música ya adornan la ciudad con ensayos lejanos al anochecer y que Valladolid está preparada para, de nuevo, quedar paralizada a la antigua usanza, como sucedió en el medievo, y en el Siglo de Oro, y desde que tenemos memoria. Lo siento por el fundador Conde Ansúrez, pero se perdió este sortilegio.

Esta España de la celeridad en la que tantas veces hacemos un mundo de nuestras cuitas internas porque nos parece eso más interesante que examinar cómo podemos avanzar juntos, es capaz de ralentizar la vida al ritmo de los tambores y al sonido de las saetas.

Los visitantes que lleguen se encontrarán con algo sorprendente: la espiritualidad también es propia del Siglo XXI. Y, si bien la Semana Santa narra lo más triste de aquellos días, es el comienzo de lo que llamó nuestro arzobispo la verdadera Buena Noticia, pues sin Resurrección nunca habiéramos llegado hasta aquí.

**Y** es que esto es también parte de lo que puede encontrar el visitante extranjero cuando hablo de exponer lo mejor de nosotros. Porque la Semana Santa no solo es expresión de arte y la demostración de organización en los desfiles, sino el encontrarse anímicamente entre algo que trasciende, desde el punto de vista filosófico.

Citando a Unamuno les hablé antes de ello.

Creo que en este marco de la Catedral de Valladolid puedo permitirme una reflexión, desde la humildad de quien no es letrada en lo que no atañe al Derecho, sobre esa característica del ser humano que nos diferencia del resto de los seres vivos: en Filosofía, se entiende por trascendencia *Aquello que está más allá de los límites naturales y desligado de ellos*. Es decir, lo que nos hace reflexionar sobre la relación

entre nosotros y nuestras creencias; entre nuestra existencia vital y nuestra esfera anímica.

Coincido con el presidente de la Junta de Castilla y León, Juan Vicente Herrera, en la reflexión que expresó recientemente de que en España padecemos *También una crisis de valores y de incertidumbre* y que *La Semana Santa tiene grandes dosis de esperanza y mucho de valores superiores*.

Creo que nos conviene ir al encuentro de lo que comúnmente llamamos *valores*, y es seguro que la mayoría de los españoles buscaremos el origen en lo aprehendido desde la escuela: la grandeza de conceptos como honradez, solidaridad, amistad, fidelidad, respeto. Eso es, a la postre, lo que representa la Semana Santa.

Los políticos de todo color somos conscientes de que si nuestros conciudadanos no tuvieran arraigado como mérito el valor de la solidaridad y de la ayuda al prójimo, la actual situación de crisis en la que vivimos sería más terrible para miles de personas. Y sabemos —incluso estadísticamente— que si no existiera la familia, el Estado se vería incapaz de prestar los servicios que se demandarían.

Ni el Siglo XXI puede estar reñido con la raigambre de nuestra noción de un comportamiento íntegro, como tampoco la evolución de la sociedad puede verse sin las enseñanzas de los evangelios.

Más allá de un comportamiento ético, lo que vemos en celebraciones como la Semana Santa es que también existe una esfera moral, de creencia profunda y de recogimiento.

Así pues, el extranjero que nos visite verá desfiles y arte, también bandas de música y comerá buenos platos típicos, pero se va a encontrar con millones de españoles que manifestarán su fe, que compartirán en las calles su Creencia, y que reflexionarán desde el silencio apasionado de sus oraciones.



**H**ay quien sostiene que cuando las imágenes de la Semana Santa de Valladolid están en la umbría de las iglesias, desde allí nos miran. Que no son de madera. O que son de madera, pero que tienen alma.

Yo creo que existe alguna posibilidad de que eso obedezca a un hecho real. De lo contrario, sería imposible que transmitieran tanto encanto sobrenatural, tanta emoción a quienes estamos habituados a ver películas, a asistir a espectáculos, a congregarnos junto a miles de personas en actos multitudinarios.

Aquí ocurre algo, sin duda.

Es la genialidad de los imagineros pero, también, el esfuerzo encomiable y nunca correspondido suficientemente de todos los que hacen posible la celebración.

El Alcalde de nuestra ciudad, Javier León de la Riva, es ejemplo de maestría a la hora de mantener un Valladolid casi de cuento para ensalzar la belleza de las procesiones y de los actos litúrgicos.

Con él a la cabeza, y con José Miguel Román como presidente de la Junta de Cofradías y su equipo, decenas de personas trabajan calladamente para que cada año quien se acerca a Valladolid prometa volver.

No sé quién ha colocado hoy este atril aquí, ni quién ha adornado el paso “Preparativos para la Crucifixión” con estas flores preciosas, ni quién está pendiente de que funcione el micrófono y de que los maceros del Ayuntamiento ocupen su lugar...

No sé quién desfila debajo de los capuchones, ni cuántas horas de ensayo llevan las bandas de música...

Nunca preguntamos quién traslada los pasos, o quién revisa las sujeciones de las cruces, y quién limpia el rostro de la Virgen de las Angustias —tan querida por quien tantas cosas recuerda de mí—...

Para esta celebración no se contrata a nadie: es el pueblo el que lo trabaja, el que lo mimas, el que se preocupa, el que lo hace grande. Ellos, tanta gente anónima y orgullosa de su quehacer, son la clave de la Semana Santa.

Sabemos lo que hacen por nosotros, así que me voy a preguntar qué hemos hecho últimamente por ellos. Como respuesta, y es la segunda vez que me permito hablar en el nombre de ustedes y no solo en el mío, vamos a decirles *Gracias*.

Es un agradecimiento verdadero porque somos conscientes de que en este Siglo XXI casi nadie se dedica a hacer un trabajo desprendido, no solo porque no tiene remuneración económica, sino porque ni siquiera es reconocido.

Necesitamos expresarles nuestro agradecimiento porque es imprescindible su trabajo.

Cofrades, Cofradías, sacerdotes, religiosas, hermanas de devoción: ¡por favor, sigan haciéndolo tan bien como siempre! Les aseguro que desde la Vicepresidencia del Gobierno no podría organizarse una cosa así.

**V**oy a terminar ya, Pueblo Fiel. Una vallisoletana pocos honores mejores puede recibir de su ciudad que ser invitada a pregonar nuestra Semana Santa.

He disfrutado preparando esta alocución porque, sin quererlo, me han ido llegando aromas pasados, recuerdos, gestos que han debido quedarse enredados por entre las calles y que estaban preparados y predispuestos a asaltarme.

Quizá estén ustedes al tanto de que mi vida ha cambiado mucho recientemente...

No crean que les hablo de política.

El gran cambio en mi vida ha sucedido porque ahora camina conmigo un nuevo vallisoletano, nacido en Madrid, y eso sí que supone darte la vuelta a las cosas.

Soy consciente —como todos los cargos públicos— de que según juré mi cargo de Vicepresidenta del Gobierno comenzó a pasar el tiempo hasta el inevitable cese. Les aseguro que trabajaré incansablemente por España hasta que eso suceda.

Lo que no tiene cese ni dimisión posible es la maternidad. Y sé que entre mis obligaciones con Iván está la de traerle a nuestra Semana Santa, enseñarle a que se confunda con el paisaje, se imbuya de los olores de la recién estrenada primavera, de los sonidos de las cornetas y se extasíe, como todos nosotros, con la belleza sobrecogedora de las imágenes.

Para que, algún día, como les comentaba al comienzo, él vea en las fotos de la Semana Santa a unos niños sentados en la acera y piense *Ese de ahí podría ser yo*.

Como me ha ocurrido a mí.

Muchas gracias.